

EN LA CIUDAD SUMERGIDA

José Carlos Llop

Prólogo: la ciudad irreal

A principios del siglo XXI, la ciudad donde nací dejó de ser la ciudad donde había nacido. La ciudad real se convirtió en la ciudad de la memoria y sus calles, en el eco de las calles donde yo había vivido. Sólo el eco —como los pasos en un escenario vacío, y su recuerdo, un espejismo—. La ciudad reivindicaba ahora su condición de ser otra, cuyo espíritu se había mermado a través de la fiebre homogeneizadora de las ciudades europeas. Para unos, el museo turístico, la catalogación, el maquillaje restaurador, la metáfora de la nueva fortuna o el poder, el reencuentro con lo que nunca existió; para mí, el lugar de la literatura. Porque ciudad y literatura se unen en un espacio común: quizá porque ese binomio —ciudad-literatura y al fondo el yo, como en una ficción— es un lugar donde siempre he sido feliz. La lista de esa felicidad es larga. La Alejandría de Cavafis y Lawrence Durrell, la Ferrara de Giorgio Bassani, el San Petersburgo de Nabokov, el París de Proust, pero también de Cyril Connolly, Patrick Modiano y Bernard Frank, el Londres de Dickens, la Estambul de Orhan Pamuk, el Trieste de Joyce, o la Venecia de Proust —de nuevo—, Paul Morand, Thomas Mann, Joseph Brodsky y tantos otros... Figuras dibujadas en el agua verdosa de un estanque, la memoria, donde los peces —su luz naranja, blanca, azul y negra— se mueven al ritmo de la música de Satie, como los recuerdos. Y en el centro, antes que ninguna otra, Palma, una ciudad que ha sido no sólo mi ciudad natal, sino la ciudad en la que aprendí a vivir otras ciudades que también he amado. Palma es la ciudad que me enseñó a amar las ciudades y a sentir como propio el principio de la civilidad, que es un sentimiento urbano.

A principios del siglo XXI ocurrieron una serie de sucesos naturales que afectaron a la ciudad. Un hombre antiguo los interpretaría como signos de un cambio irreparable. Un hombre moderno, como la constatación de un fin de época: señales de la decadencia y caída de un modo de vivir. Un hombre contemporáneo sonreiría, escéptico, ante su posible relación, o apostaría por una interpretación milenarista. Tampoco se trata de eso. Ninguno de ellos fue un fenómeno nuevo, más bien al revés: ninguno de ellos ocurría por vez primera. Pero también es verdad que nunca se habían producido en tan breve espacio de tiempo y con tanta rotundidad. Todo comenzó con la agresión sacrílega al símbolo mayor de nuestra cultura: el Cristo de la Sang, a cuyos pies se anula cualquier distinción posible entre autóctonos y forasteros. Probablemente es el único lugar donde esto sucede.

En otoño de 2002 un perturbado mental arrojó al suelo, destrozándola, la imagen de La Sang. El episodio remitía al ataque a martillazos que padeció La Pietà en Roma. Aquí fue más gravoso. De la talla del siglo XVI, venerada durante todo el año, y especialmente en Semana Santa, sólo quedó intacta la cabeza. El resto eran añicos desperdigados por el mármol del templo. Meses después un terremoto vespertino — réplica de un seísmo en Argelia de 6,2 grados en la escala de Richter— sacudió los cimientos de la ciudad. En ese momento yo paseaba junto al Baluard de Sant Pere con un escritor amigo y sentí que la acera se movía bajo mis pies. Miré las palmeras y el mar, como quien busca un punto fijo. La oscilación, como de haber zarpado, continuaba. Duró varios segundos y pensé que me había dado un mareo. La tensión, pensé, o algo parecido. Al llegar a casa me encontré con la noticia del seísmo. Apenas nueve meses después moría el obispo de Mallorca.

Recuerdo que la mañana de su funeral abandoné mi trabajo para llegar hasta la Catedral. Palma es la ciudad de los funerales. La procesión del clero insular había salido del Palacio Episcopal y precedía al féretro del obispo sobre el paseo de las murallas, entre el mar azul pálido y el muro ocre de la Seo. El viento despeinaba las cabezas de canónigos, párrocos y curas de a pie. Vestidos con el hábito talar blanco y la estola morada, sus rostros eran atemporales y al mismo tiempo tenían dos mil años de antigüedad. Recuerdo que pensé en las cabezas de un retablo gótico. Aquellos rostros —enrojecidos, blanquecinos, sonrosados o amarillentos; plácidos, coléricos o biliosos— eran un complejo muestrario de las virtudes y los defectos de la naturaleza humana. Pese a desafinar y combinarse con los silbidos del viento, los cánticos poseían la solemnidad que requería la ceremonia. Al llegar el féretro ante el Portal Mayor, lo depositaron en el suelo. El mismo suelo por donde surge entre pétalos la Sagrada Forma bajo palio, el día del Corpus. El templo lucía en toda su magnificencia, que es mucha. La casa de Dios era un bosque de piedra iluminado bajo un baile de policromías; la música del órgano, una voz de eternidad. El incensario envolvió la caja mortuoria de aromáticas fumarolas —el perfume de la iglesia, el humo del dolor y la esperanza— y se rezó una oración. Minutos después comenzaba la ceremonia fúnebre.

No habían transcurrido dos años —era febrero y 2005— cuando un fuerte vendaval azotó la isla. Sucede a veces: una isla es una nave detenida en alta mar, de ahí su ausencia de contaminación. Y su luz, el imán de tantos pintores y también su fracaso. Los vientos, en aquella ocasión —como en tantas otras invernales—, sacudieron la ciudad a una velocidad de 110 kilómetros por hora. Volaron y cayeron como papeles persianas, cristales, tejas, toldos, vallas publicitarias y decenas de árboles, arrancados de cuajo unos, desmochada su copa otros. De madrugada llegó lo peor, derrumbándose un arbotante de la iglesia de Santa Eulalia —que cayó sobre la sacristía— y también la parte superior del pináculo que corona el campanario más alto de Palma, con cierto aire de lanzadera espacial construida por un discípulo de Viollet-le-Duc. Se desalojaron varios edificios de la calle vecina de Santo Cristo. Los cascotes caían desperdigados por el barrio, nocturno y vacío, afectando tejados y adoquines, en una escena insólita que a la mañana siguiente ofrecía cierto aspecto bélico y una rara atmósfera de catástrofe. No acabaría aquí la cosa: el siglo XXI, escribió Malraux, será religioso o no será. En lo que atañe a Mallorca la aparatosidad climatológica parecía ser el signo de los nuevos tiempos.

En la frontera del otoño de 2007 aparecieron sobre el bosque de Bellver las divisiones grises y negras de un denso frente nuboso, como un temible ejército mesopotámico. El castillo —de formas tan amables que resultan escasamente militares— adquirió una tonalidad oscura y nórdica, hamletiana. Puede sonar a fantasía legendaria, pero nunca había visto tantos y tan espesos matices del negro en el aire. El vendaval volvió a hacer acto de presencia, como el hechicero de una tribu enemiga. El cielo se oscureció por completo y la lluvia, más que caer, surgía en todas direcciones desde un acelerado y monstruoso aspersionador celeste. Una luz verdosa, irreal y maléfica, tiñó la ciudad por debajo del siniestro manto nuboso. Como el resplandor de un fuego fatuo. La velocidad del viento se hizo estruendo, sólo estruendo, ni silbido siquiera. Cerramos las persianas de casa. El agua entraba por el marco de alguna ventana. Eran las cinco de la tarde y noche cerrada. El tornado llegó poco después y la catástrofe se abatió sobre nosotros. El torrente que atraviesa la ciudad se desbordó, cargado de ramas y fango. Los automóviles parecían naves atrapadas en los Sargazos. Volaban toda clase de objetos. La gente se refugiaba en tiendas y entradas. Hubo un muerto. Los árboles se arrastraban como si fueran arbustos del desierto. Después, el silencio, tan espeso como las nubes que ya se internaban en el campo. Y un persistente olor acuático, como el de una escafandra que ha permanecido hundida durante años y el temporal devuelve a la costa llena de algas y de peces muertos.

Cuando hubo pasado todo —aquí y allá sonaban las alarmas de los comercios y las sirenas de bomberos y policía— pensé en la ciudad distinta y en la literatura como en un testamento del tiempo. Y supe que debía escribir este libro.

I. Una educación sentimental

1. Le retour de l'émigré

Durante la guerra contra Napoleón Bonaparte, Palma se convirtió en una mezcla entre la Coblenza de finales del XVIII y la Casablanca de 1940. Palma fue, sin dejar de ser ella misma, ciudad mestiza, corte de realistas, plaza de refugiados y fugitivos. En pocos meses su población se dobló: de apenas treinta mil habitantes a más de setenta mil. La mayoría fueron, al principio, catalanes. Después vinieron levantinos, franceses, italianos y austríacos. Uno de aquellos catalanes se apellidaba Alabern y llegó a la isla huyendo de los húsares y jenízaros de la Grande Armée. Fue mi primer antepasado —si puede llamarse así— mallorquín. Lo más probable es que arribara a bordo de un jabeque después de navegar bajo el peligro de los corsarios franceses y los piratas de Argel y Trípoli, hasta llegar a las aguas protegidas por la flota de lord Collingwood, que custodiaba las islas por mar. Por tierra lo hacían las tropas del marqués de Coupigny y de los generales Whittingham y Reding. Los muelles del barrio de La Ribera no daban abasto.

Lo cuenta Miguel de los Santos Oliver en su Mallorca durante la primera revolución: llegaron aristócratas de todo el Mediterráneo, comerciantes, tenderos, curas y frailes, obispos, arzobispos y canónigos, generales sin empleo, grandes damas —Palma se llenó de condesas, marquesas y duquesas—, monjas, artistas, aventureros, desertores extranjeros, mercenarios, impresores, grabadores, libelistas, banqueros, mayordomos, conspiradores, cocineros, lacayos, perfumistas, peluqueros y —añaden las crónicas— «millares de familias pobres y miserables». En un solo día desembarcaron en el muelle de La Riba más de medio millar de personas. Y fueron muchos los días, las semanas, los meses de constante desembarco. «La entrada de refugiados —escribe Oliver— continúa por enjambres y bandadas».

Palma era una ciudad plácida y tranquila, y dejó de serlo en muy poco tiempo. Sus calles se llenaron de buhoneros, pedigüeños y peleas navaja en mano. Sus conventos se abarrotaron. El precio del grano y los alquileres alcanzaron cotas desconocidas. También la explotación humana y los robos. La comida no bastaba. Se establecieron servicios públicos de asistencia médica y «sopa económica». La miseria se instaló en la isla. Pero junto a «los mendigos que embisten a todo el mundo» surgió —en palabras de Miguel de los Santos Oliver— «un espectáculo de lujo y disipación inusitado en Palma». Modas y costumbres de la gran ciudad inundan la calle, el trato se democratiza, la hostelería se refina y «no se ven sino fondas magníficas, dulces y golosinas, gracias a los forasteros». «El comercio de Cataluña en masa —dice Oliver— se había trasladado a nuestra somnolienta ciudad... Su giro, sus barcos, sus almacenes de ricos productos coloniales, sus existencias de valiosos paños, sus mismas fábricas, todo fue trasladado a Mallorca». «La isla ahora —apunta otro cronista en 1811— abunda de muchísima gente extranjera y parece una pequeña corte o una nueva Cádiz».

Aparecen nuevos establecimientos comerciales: fábricas de fideos y sopas finas, de naipes, de vidrios planos «para cuadros y balcones»; talleres de coches, de pianofortes, navajas de afeitar, alambiques, bombas de agua, instrumentos de cirugía, cuerdas de colores para vihuela «al estilo de América»... Se anuncian grabadores de pólizas, mapas y letras de cambio, y abundan los sastres, ebanistas, pintores, catedráticos, algebristas, geómetras, cómicos, arquitectos de túmulos funerarios y arcos de triunfo, escultores, actrices, geógrafos, bailarinas, dramaturgos y maestros de esgrima. Palma se metamorfosea en el arca de Noé; su fluido vital es el de cualquier Bolsa europea en tiempos de bonanza. La guerra es una amenaza, pero queda lejos; la vida altera su ritmo, vistiéndolo de gran pizzicato, y bajo la luz mediterránea todo es más intenso que nunca. Los viejos muros se resisten con cierta indolencia.

Pero en pocos meses las modas cambian. El recato y los pelucones del antiguo régimen son sustituidos por el descaro y la gracia procedentes de París. Los hombres se ensortijan el pelo sobre la frente y lucen patillas en hacha y levitas con vistosos chalecos. Los vestidos de las mujeres jóvenes se ciñen al cuerpo, el calzado se colorea con tafetanes y lazos, se desnudan brazos y hombros y aparecen colonias más sofisticadas, esencias de ámbar y multitud de polvos perfumados. Se incorporan abanicos de marfil y nácar, espejos de mano montados en plata y «ungüentarios de crema de Venus para los labios». Los italianos son especialistas en abastecer tocadores femeninos. Aparecen «las aberturas del vestido deshonestamente colocadas» y la moda francesa —ya que no su Revolución— va imponiéndose en las calles de Palma. Las campanas de las iglesias siguen tocando el ángelus. El rumor del tráfico es rumor de gran capital y hay tanto clérigo que no es difícil la evocación vaticana. En las casas nobles se dan fiestas a los recién llegados del gotha nacional y extranjero, y los gacetilleros escriben en cafés, tabernas, figones y almacenes coloniales, tal como ocurría en el parisino Palais Royal veinte años atrás. La plaza de Cort es un caladero de noticias: tanto se anuncia la repentina muerte por envenenamiento de Napoleón como se comentan, entre risas, las aficiones secretas de su esposa, la criolla Josefina. Los recién llegados traen rumores sobre los avances de Murat y otros mariscales. También se habla mucho de los prisioneros franceses en Cabrera y de las fortunas que se hacen a costa de esos desgraciados. Las nuevas imprentas trabajan a destajo y de sus máquinas salen libelos, periódicos, panfletos que son discutidos en las plazas. Pese a estar en guerra con Francia, prima el enciclopedismo, las lecturas de Rousseau y Chateaubriand, y se ponen de moda entre los ilustrados el Telémaco de Fénelon y los libros de viajes. De la mano de las tropas inglesas llegan también las obras de Byron. Pero no hay que engañarse, la ocupación de Palma no era el Parnaso. Abundan tahúres y prestamistas, y el juego adquiere proporciones nunca vistas. Se juega en todas partes: en cuarteles, casas particulares, fondas y conventos. Dice M. S. Oliver: «El juego en general arraiga donde la cultura del espíritu es muy débil y necesita el hombre disiparse en distracciones materiales porque no lleva dentro de sí la fuente de su propio deleite». Pese a su retórica no es mala definición. Y añade luego: «En aquellos memorables días hay que representarse a Palma como un campamento en el cual vivaquea una gran muchedumbre abigarrada». El escenario es de novela stendhaliana.

Por ese gran campamento, pequeña corte, o nueva Cádiz, pulula el catalán Alabern. Quizá sea obrero de telar, quizá grabador, quizá un trabajador de Westzyntius Gil & Cia., o de la casa de naipes de Samuel Betschinger. Quizá haya venido con dinero y

dedicara su estancia a la contemplación del espectáculo, como si asistiera a una ópera de gran colorido. O fundara con algún socio su propia manufactura de hilados, tejidos y estampados. Lo que fue antes del desastre no lo sé. Él, en cambio, sí sabe lo que será cuando todo haya pasado. Es joven y tiene la misma confianza en la vida que aprecio por ella. Al caer la tarde pasea hasta el puerto a ver descargar los buques procedentes de Caracas, Veracruz, La Habana, Jamaica, Gibraltar y Atenas. Los comerciantes catalanes son ahora los nuevos burgueses; a veces charla con alguno de ellos en su lengua, encienden un cigarro, traban amistad de refugiados. Quizá hubiera algún Miret, también, entre sus contertulios.

La aduana multiplica progresivamente sus ingresos y eso supone poder armar más naves corsarias que protejan los convoyes de los corsarios franceses. Los cuarteles no bastan para alojar a oficiales y soldados. Los huertos sirven de polvorines, parques de artillería y «talleres de confección de morriones, correajes y talabartería». Palma es, efectivamente, el decorado de una ópera escrita a dos manos por Dios y por el diablo, que en este caso habla francés, luce escarapela tricolor y posee una notable colección de guillotinas. Aunque sea invisible, como cualquier diablo que se precie. Esta ópera cuenta con decenas de miles de figurantes y el decorado puede que resulte pequeño. Pero también espléndido y apasionante: como su argumento, que no es otro que la respiración de la propia ciudad.

El catalán Alabern asiste al teatro y a algún baile de máscaras. Las máscaras sirven para difamar o satirizar a políticos de Cádiz, autoridades locales y nuevas o viejas costumbres. La gente ríe o discute sobre el Santo Oficio y Palma observa y calla. O reza. En aquella Palma también se reza mucho y los obispos refugiados offician tedeum en la Catedral y otras iglesias de la ciudad: hay que ahuyentar a los herejes y se asocia la derrota con la impiedad. Cuando el catalán Alabern acaba el trabajo, se sienta en los cafés del Born y bebe Licor de Hendaya, agua de naranja o Suspiros de Bonaparte, para luego cenar perdiz o fiambres, preparados por la mano de cocineros como Junguet o Mangino. Pero en las calles hay animales muertos, «desperdicios de pescado y aguas corrompidas». Apenas hay limpieza y las gallinas y los cerdos se mezclan con los paseantes. La guerra viste de coloridos uniformes la ciudad y la derrota del emperador en Rusia se recibe con vuelo de campanas. A los pocos días el catalán Alabern, aquel misterioso antepasado, reembarcará hacia Barcelona. Nada más sabremos de él: quizá se llamara Federico o Enrique, quizá Carlos fuera su nombre. Pero fue él quien dio a conocer a los suyos la ciudad de Palma, quien les habló de las oportunidades que ofrecía una tierra sin apenas burguesía ni industria locales y anclada aún en el costumbrismo feudal. Y fueron sus parientes o herederos en la segunda mitad del XIX los que desembarcarían en el muelle de la ciudad —sin guerra alguna de por medio—, dispuestos a reinventarse, convirtiéndose en mallorquines.

Los Alabern se instalaron en el barrio de El Segell, antiguo gueto judío o call menor. Carecían de los prejuicios antisemitas de la buena sociedad isleña. Eran burgueses y estaban dispuestos a seguir siéndolo. Importaban más el comercio y el dinero —y en El Segell, puro centro de la ciudad, había dinero y había comercio— que los atavismos de una tierra que aún no era la suya, pero acabaría siéndolo en poco tiempo. En una de sus calles abrieron su primera tienda de telas, Las Monjas, cuyos escaparates abarcaban media manzana y donde se vendían, además de telas mallorquinas y tejidos catalanes, trajes y complementos de importación de la casa

londinense Welch, Margetson & Co. Ltd. Guardo algunos catálogos de esa casa de principios de la década de 1920: su ropa podrían haberla llevado tanto Charles Ryder como Francis Scott Fitzgerald. Después, ampliaron el negocio en la plaza Marqués del Palmer.

En El Segell nacería mi abuela Emilia Alabern Miret, a finales del siglo XIX, y años más tarde, en 1919, y en la plaza de Cort, mi madre.



2. La ciudad bajo la nieve

Nací el 3 de abril de 1956, en Palma de Mallorca y en el 30 de Vía Alemania. La casa donde nací fue derribada hace años y el número 30, si existe, está ahora al otro lado de la avenida. Eran las doce del mediodía y si menciono el horario es por la curiosidad de las cifras: los seis primeros números del sistema decimal y su orden primigenio: 12-3-4-56. Aunque ahí mi madre oscila y duda: a veces he nacido a las doce del mediodía, otras a las nueve de la mañana.

1956 fue el Año de la Nieve. Así se le conoce al menos: de la misma manera que 1918 es en Europa el Año de la Gripe, 1956 es en Mallorca el Año de la Nieve o Any de Sa Neu. Dos meses exactos antes de que yo naciera, la ciudad amaneció bajo la nieve. Febrero, el mes más frío, el manto de armiño sobre los tejados. En Mallorca hay comadreja, martas y ginetas, pero no armiños. Ese manto, pues, era un exotismo.

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/en-la-ciudad-sumergida/ES0144265/fragmento/>

La nieve siempre lo es para los nacidos junto al Mediterráneo. Un exotismo y un simulacro de la felicidad.

He visto fotografías de la ciudad nevada y guardo un recuerdo imposible de aquella nieve —como imposible es el recuerdo nabokoviano de los botones nacarados del aya que le daba de mamar en su palacio de San Petersburgo. Ese recuerdo mío es el de las piernas de mi madre —yo entre sus piernas, protegiéndome como Sansón entre las columnas del Templo— y una pala de zinc y mango de madera, la pala de la basura, retirando la nieve acumulada junto a la puerta que comunicaba la cocina con la terraza de casa. En esa terraza, recuerdo el surco de mis dos tortugas, con hielo sobre el caparazón amarillo y negro y sus patas delanteras como dos palas quitanieves. Durante años bromeé con mi madre acerca de esta imagen. Mi madre tenía las piernas muy bonitas, pero en Palma, me dijo ella riéndose, volvió a nevar dos años más tarde y ésa es la nieve que tú recuerdas.

1956. La ciudad nevada y su frontera marítima: las dos formas del agua. Una mágica, otra cotidiana, el espejo donde la ciudad se mira, dándole la espalda. Porque la ciudad levítica era entonces una ciudad de espaldas al mar. Una estrecha carretera de charol circundaba el pie de la muralla y los días de temporal el parabrisas rezumaba agua salina. Recuerdo esa carretera, de noche, el temporal a un lado, los abrigos de mis padres, mi propio abrigo —la calidez y seguridad que daban esos abrigos—, el coche —un Simca del ejército, color cereza (o sea, facción dandi) y asientos de piel— avanzando como en una vieja película de la Segunda Guerra Mundial. No sé adónde íbamos ni de dónde veníamos. Pienso que tal vez al puerto, a despedir a alguien, a mi hermano mayor tal vez, que había elegido la familia ignaciana, separándose de la suya. Pero vuelvo atrás: al año en que nací, cuando todavía, pese al recuerdo imposible, no había nacido. Día 3 de febrero, dos meses antes. Vuelvo a la ciudad nevada. A sus fotografías. A la memoria de sus archivos. La nieve como metáfora del tiempo que fue.

Los automóviles, escasos y aparcados junto a la acera en esas fotos, son de los años treinta, como del gang de Chicago en los años de la matanza de San Valentín. Unos automóviles que ya estaban ahí en los años veinte y que estuvieron también en los años de la guerra. Un camión avanza entre los copos, cargado de sacos. No sé lo que llevan esos sacos: grano o pienso, tal vez. La calle está desierta: nadie pasea por ella. Los colmados tienen vidrieras y en sus cristales hay pegados anuncios de droguería y ultramarinos. Ristras de tomates adornan la entrada. Hay carbonerías, lecherías y carros en las calles: el hielo, por ejemplo, se reparte con carro. Hay mercerías con las paredes forradas de pequeños cajones, que parecen los archivos de todos los mensajes secretos del mundo. La ciudad está encerrada en sí misma mientras nieva. La ciudad ensimismada, como yo mismo en el vientre de mi madre. La música de la nieve es la música de las Gnossiennes de Satie. La música del seno materno es como el canto de las ballenas, un canto acuático, sumergido. Y luego, el silencio.

Hay otras fotografías y están también las crónicas de prensa. En las primeras no es difícil contemplar —dos meses exactos antes de mi nacimiento— una ciudad ajena a las metamorfosis, una ciudad inmóvil, como inmóviles están esos paisajes encerrados en una esfera de cristal que si se agita, comienza a nevar. Y en esa inmovilidad está la parálisis de la Historia. Quieta, congelada como un mamut en

Siberia. No hay historia: sólo costumbres circulares, como las de cualquier familia. En las segundas, bastan dos titulares: «La mayor ola de frío en lo que va de siglo azota toda Europa» y «En París hacía ayer más frío que en el Polo Norte y trece personas resultaron muertas». No es difícil imaginar al redactor jefe aprovechando la nieve en toda Europa, para trazar una asociación inconsciente en el lector —la nevada nos europeiza—, una idea común en un mapa imposible y el Polo Norte al fondo, confirmación de toda fantasía posible. Incluso que el silencio de la nieve también amortigua la parálisis de la Historia. En 1956 los tanques rusos invadieron Hungría y Europa calló como había callado cuando la rebelión del gueto de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. Por las calles de Budapest los soldados soviéticos arrastraban los cadáveres como si fuesen reses. Y mientras, el destronado rey Farouk, en su suite del Negresco, bebía champán en el zapato de una modelo de Dior, los paracaidistas ingleses descendían sobre Suez y el coronel Nasser decretaba el estado de guerra a través de Radio El Cairo.



En Palma se decretó en silencio que 1956 había sido el Año de la Nieve. Pero también fue el año que trajeron las cenizas de san Ignacio de Loyola a la ciudad y el de la sustitución de las suntuosas carrozas funerarias por un par de automóviles fúnebres de carrocería acharolada. El 3 de abril había aterrizado en el aeródromo de la ciudad el escritor César González-Ruano, a quien medio siglo más tarde novelé en el París ocupado, sin saber que había llegado a la ciudad el mismo día en que lo hice yo. Coincidió con la visita, en plena luna de miel, de Grace Kelly y Rainiero de Mónaco, el principado donde él había visto agentes alemanes, Leica en mano, tomando fotografías en el Casino de algunos refugiados ricos. Y también con el regreso del actor Fortunio Bonanova. Ruano escribiría un libro sobre el Mediterráneo, en el que Palma aparece junto a Taormina y Palermo, Positano y Capri, Trieste y Bengasi, Marsella y Montecarlo, Pompeya y Venecia... Se alojó en el

hotel Bahía, sobre el Paseo Marítimo, y escribió que la isla ya aparecía en las tablas de Ptolomeo y que la Catedral estaba situada en una acrópolis. Según se contaba en casa, la primera palabra que pronuncié con alegría e insistencia —la palabra como fiesta— fue spútnik. Parece que corría por el pasillo musitando un mantra sideral: spútnik, spútnik, spútnik. La sensatez de mis padres no dio importancia alguna a este hecho, cosa que siempre les he agradecido, pues de haber sucedido lo contrario me temo que hubiera derivado en escritor vanguardista o en escritor silente, que ha de ser asunto difícil de llevar. La segunda era el nombre de un amigo invisible con el que conviví durante muchos meses. Ese nombre era Siti o Citi. Es decir, City o ciudad —pequeña, de provincias— en inglés. Por supuesto, en casa no hubo nurses inglesas, o sea, que el nombre surgió de la necesidad. Lo fácil sería decir de compañía, pero no tengo recuerdo de la soledad —no de entonces, al menos—, como tampoco tengo recuerdo alguno de mi entusiasmo por el spútnik ruso, ni de mi amigo invisible, que hice desaparecer al nacer mi hermano pequeño. Yo tenía tres años cuando nació. Pero con el tiempo he pensado que aquel interlocutor inventado con quien jugué, charlé y compartí mis días más frágiles fue mi primera creación literaria —mi primer personaje y mi primer relato— y que en sus letras se escondía la palabra ciudad. Esa creación literaria —ese otro que también era yo y que me hablaba con mi propia voz— quizá procediera del hecho de haber sido, en el comienzo de la gestación, hermano gemelo de alguien —otra conciencia del ser— que no llegó a formarse y que, por tanto, no llegó tampoco a nacer. No más allá del extraño fenómeno de haber nacido yo con dos cordones umbilicales, uno dentro del otro, rareza que casi acaba conmigo en las primeras semanas de vida y que me provocó diversos trastornos clínicos en diferentes épocas de mi vida. Trastornos que desembocarían en una grave operación de urgencia a los quince años, seguida de un postoperatorio más grave aún y una larguísima convalecencia que fijó, ya para siempre, mi relación con la literatura. Abandoné las carreras de fondo —los tiempos de Abebe Bikila—, que es algo parecido a ser novelista, y opté por la escritura. La escritura como afirmación de la vida, una vez rescatado de la helada radiación de la muerte y del último rastro de mi hermano inexistente, reclamándome desde el limbo.

O tal vez no. Tal vez la escritura, la creación de una vida distinta a la mía propia, era lo que yo le debía a mi hermano muerto: una vida paralela. La de mi hermano no exactamente muerto, sino concebido y no nacido más allá de un fragmento de su cuerpo que no era más que otro fragmento del mío. Había llegado a una ciudad nevada, pero no solo. También aquí imperó la sensatez de mis padres: ni una palabra al respecto, pero el dolor intermitente y más o menos espaciado era la memoria del que no estuvo ni llegó a ser. Los hay a los que les ponen el nombre de su hermano muerto y llevan toda su vida el nombre de otro. Fue el caso del poeta Gil de Biedma. Otros recuerdan con cierta insistencia al hermano que compartió unos años de su infancia y después murió. Es el caso del novelista Patrick Modiano y su hermano Rudy. Y algunos imaginan un doble de sí mismo perdido en algún lugar de su propia ciudad, a imitación de esa caprichosa ley de la genética que asegura que tenemos un sosias que pasea por el mundo sin que nunca lleguemos a toparnos con él. Es el caso de Orhan Pamuk; sólo que para él, el mundo empieza y acaba en Estambul, que es buen sitio para que el mundo empiece y acabe.

Ninguno de los tres es mi caso, aunque pueda compartir algo de los tres. Mi hermano invisible tuvo un nombre singular y diferente al mío: lo llamé ciudad, sin

saber, más allá de la fonética, cómo lo llamaba. Dejé de llamarle en cuanto nació mi hermano pequeño, consciente supongo de que un impacto tan potente de la realidad anulaba cualquier voluntad de ficción. Pero no dejó de existir, porque siguió manifestándose a través del dolor y la ignorancia médica sobre lo que estaba ocurriendo hasta esa operación de urgencia: detrás de mi ombligo había otro fragmento del suyo —una brida lo llamaron— aprisionando mis intestinos. Yo tenía quince años y aquel año me despedí definitivamente de él. O eso creí yo, porque también fue aquel año en que me dejé por vez primera el pelo largo y empecé a escribir poesía. Quiero decir que antes había escrito versos, pero que la conciencia de haber soslayado la muerte les dio a mis poemas una voz distinta y más profunda. Eso creo al menos desde la distancia.

Nací en una casa racionalista que ya no existe, ahí donde estuvieron las murallas de Palma, que tampoco existen. Nací en las avenidas, que entonces eran algo así como un bulevar periférico. Pero en casa y en la toponimia urbana no eran las avenidas: éstas venían después, a partir de la avenida Conde de Sallent, que parecía un título pontificio. Antes eran vías. Las de mi barrio eran Vía Alemania y Vía Portugal; su bisectriz, Vía Roma. Nací, pues, en El Eje; sólo faltaba una plaza Tokio, por ejemplo, o la avenida del Japón, con crisantemos en los parterres. En el punto de intersección de las tres vías —Portugal, Roma y Alemania— se alzaba una estatua del filósofo Ramon Llull, rodeada por una gruesa cadena. Llull era un guardia de tráfico de piedra a cuyo alrededor volteaban los escasos automóviles. Llull siempre es, en la isla, un convidado de piedra que sirve para cualquier cosa.

La casa donde nací, ya lo he dicho, estaba en Vía Alemania, 30, y era una casa familiar, propiedad de una hermana de mi abuela Emilia. La había ideado su marido, que era catedrático de dibujo —un título académico como de La estrella misteriosa— y había levantado varias casas en El Ensanche. Un poco más abajo, en Vía Alemania, 12, estaba la casa de mis abuelos maternos, más aburguesada —menos moderna, quiero decir— y con herencias del modernismo en fachada, maderamen y jardín. En esta casa, además de mis abuelos, vivían dos hermanas de mi madre. En la otra, además de mis tíos abuelos, vivían tres primas y un primo de mi madre. Eran, por tanto, casas familiares ambas y si cito las dos es porque viví de modo parecido una y otra, a menos de cien metros de distancia. La familia era el mundo y no era un mundo pequeño. Ese mundo era seguro y plácido y estaba al margen del mundo. Sus normas las dictaban el afecto, la religión y un nítido sentido de la jerarquía familiar: no se necesitaba nada más. Eso es al menos lo que recuerdo ahora.

Además de la familia había, en ambas fincas, algunos inquilinos. Recuerdo a un suboficial de la Armada y trompetista de jazz que actuaba en un night-club y vivía en uno de los dos sótanos de casa de mis abuelos. Los sótanos tenían un pequeño jardín separado por un muro del jardín grande y por la tarde el trompetista hacía escalas cubistas —eso decía mi abuelo, escalas cubistas— que ascendían hasta la galería trasera de casa. En la finca de mi tía Mercedes vivía una familia carlista, elegante y muy peinada, que tenía el retrato de don Carlos de uniforme con dos grandes dogos tumbados a sus pies. Y un guapo palmesano, reconocido playboy de la época, que vivía con su madre, una sirvienta francesa llamada Cécile y una estrambótica máquina en el recibidor, mezcla de telar e imprenta, para tricotar. También había otro suboficial de Marina con muchos hijos y, en el piso de abajo, una mujer a quien

el Señor inspiraba todas las mañanas sobre lo que había que cocinar en casa. Tanto los carlistas como el marido de aquella mujer con vocación teresiana —Dios está entre los pucheros— pertenecían a la nobleza local, pero eso lo supe después; entonces el barco era el mismo para todos.

Las avenidas eran la frontera de la ciudad pero nadie en mi familia habló nunca de que viviéramos en esa frontera. En aquellos años circulaban pocos automóviles y la mayoría era de marcas extranjeras —Austin, Studebaker, algún Mercedes, viejos Renault, Citroën Tiburón y los primeros deportivos aerodinámicos: el Dauphine y su homólogo, el Gordini—. Excepto estos últimos, que eran estilizados y de colores digamos que atrevidos —granate, azul eléctrico, verde acuático y marfil—, los demás solían ser negros, salvo los taxis, que eran blancos y negros como las cebras de la sabana africana. La escasez de coches —su exotismo casero— remarcaba la soledad de la avenida donde se alzaban ambas casas familiares. Mi hermano pequeño y yo, desde el mirador, apostábamos por cuál llegaría antes al semáforo o competíamos por aumentar nuestra particular flota automovilística repartiéndonos las marcas o los colores de las carrocerías.

Frente a la casa de mis abuelos había un edificio racionalista que parecía un transatlántico bajo el que pasaban los automóviles como lentos escualos, y esa imagen —que yo contemplaba desde el mirador del despacho de mi abuelo— parecía la portada de una revista moderna de los años treinta. Muy cerca estaban los dos institutos de la ciudad, grandes edificios de principios de siglo con jardines y arcadas y un aire de liceo centroeuropeo. También había una finca en la que quedaban huellas de metralla de los bombardeos de la aviación republicana durante la guerra y una explanada donde, con la llegada de la primavera, se instalaban los feriantes con sus montañas rusas y su noria y las casetas de lona donde se tiraba a unos patos de metal muy coloridos. Al otro lado de esa explanada estaban el velódromo abandonado y el canódromo, con los gitanos y sus galgos y extraños personajes que apostaban y llevaban anillos de oro y tenían una mirada turbia y equívoca sobre una eterna sonrisa también veteada de oro. Era un lugar prohibido, como la fábrica de zumos Zuïc, que se levantaba, con el orgullo de cualquier edificación industrial, detrás del canódromo. Todo eso, más adelante o más atrás, quedaba a la izquierda de nuestra casa —como el taller del restaurador de pintura antigua y la casa vecina, racionalista, cuya escalera de mármol blanco, el jardín al fondo y el pasamanos de latón, le daban un aire berlinés—, mientras a la derecha estaba el colegio de los hermanos franceses de La Salle, con sus baberos blancos, que parecían salidos de la magistratura parisién, y la Berlitz School, que era como un atlas a pie de calle y uno de esos portales misteriosos de los cuentos de Machen, que dieran a un mundo ajeno y atractivo, por cosmopolita. Las lenguas como pasaporte.

En todas las avenidas —también en Vía Alemania— había un paseo central o bulevar flanqueado por plátanos o plateros. No muy lejos estaba la Casa de la Misericordia, que era hospicio y asilo para pobres y ancianos al mismo tiempo. Recuerdo que en otoño e invierno —lo recuerdo porque las hojas color ocre barrían el paseo y ellos ya llevaban abrigo— esos hombres encerrados en aquel edificio de caridad hacían incursiones por los bulevares en busca de colillas, que iban metiéndose una tras otra en los bolsillos del gabán. Iban siempre solos, nunca en grupo, formando una escena entre barojiana y solanesca, pero yo, desde el mirador de casa, me dedicaba a inventarles historias por las que habrían llegado a tan desastrosa situación.